



© Germán Romani

CENTRO DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

CONDEDUQUE

ARTES ESCÉNICAS

DANIEL VERONESE «EXPERIENCIA II: ENCUENTROS BREVES CON HOMBRES REPULSIVOS»

DEL VIERNES 10 AL DOMINGO 12 DE NOVIEMBRE
ESTRENO EN MADRID

ARTES ESCÉNICAS

DANIEL VERONESE

«EXPERIENCIA II: ENCUENTROS BREVES CON HOMBRES REPULSIVOS»

DEL VIERNES 10 AL DOMINGO 12 DE NOVIEMBRE
ESTRENO EN MADRID

FICHA ARTÍSTICA

PAÍS
Argentina

GÉNERO
Teatro

DURACIÓN
60 minutos sin descanso

EDAD RECOMENDADA
Mayores de 16 años

ESPACIO
Teatro

EQUIPO ARTÍSTICO

AUTOR
David Foster Wallace

VERSIÓN TEATRAL
Daniel Veronese

DIRECTOR
Daniel Veronese

ELENCO
Marcelo Subiotto, Luis Ziembrowski

ASISTENTE DE DIRECCIÓN
Adriana Roffi

DISEÑO DE IMAGEN
Papier Studio

DISEÑO DE LUCES
Ricardo Sica

DISEÑO ESPACIAL
Daniel Veronese

FOTOGRAFÍAS
Germán Romani

PRODUCCIÓN
T4 / Producciones Teatrales Jonathan Zak
& Maxime Seugé

COPRODUCCIÓN
Centro Cultural General San Martín

EN COLABORACIÓN CON

«Me siento fatal en las entrevistas y solo las concedo bajo una fuerte coacción», dijo David Foster Wallace en una carta manuscrita el 30 de agosto de 2007. Sin embargo, supo servirse de esta mecánica para escribir *Entrevistas breves con hombres repulsivos*, que los editores del libro, publicado en mayo de 1999, presentaron como «una serie de relatos hilarantes de hombres que hablan de sus obsesiones sexuales, sus fetiches y fantasías, y cuyo miedo a las mujeres los convierte en grotescos». En 2009 se estrenó una suerte de versión cinematográfica dirigida por John Burke Krasinski, aquel Jim Halpert en la serie de la NBC *The Office* y director de *A Quiet Place* (*Un lugar tranquilo*).

Pero lo que nos reúne hoy en el Centro de Cultura Contemporánea Condeduque es esta pieza a punto de empezar: *Encuentros breves con hombres repulsivos*, segunda de una trilogía, que Daniel Veronese ha titulado *Experiencias*, junto a las obras *La persona deprimida* (también de Wallace) y *Los arrepentidos* (a partir de un texto de Marcus Lindeen). Para su puesta en escena apenas ha necesitado dos sillas, una mesa, un suelo blanco y unos pocos actores. En la pieza que nos ocupa, tan solo dos, A y B, interpretados por dos hombres, Marcelo Subiotto y Luis Ziembrowski, que hablan de sus problemas con las mujeres. Alguien dijo que estos problemas van desde lo cómico a lo aterrador. Ahora comprobaremos hasta qué punto lo que dicen y piensan nos incomodan.

Como en el libro se reproducen conversaciones unilaterales —las preguntas que formula ella han sido eliminadas—, vamos a transcribir tan solo una breve selección de respuestas que el propio Wallace dio en entrevistas reales que concedió entre 1983 y 2005, recogidas en el libro *Conversaciones con David Foster Wallace*, editado por Stephen J. Burn (Páldio Fuego, 2016, con traducción de José Luis Amores):

— P.

— Dije que estaría encantado de hablar contigo, pero no tenía ni idea de qué decir, pues lo cierto es que no perseguía ningún objetivo con este libro, salvo por una determinada cantidad de cuestiones técnicas y formales de las que no sé si quiero hablar y que no creo que la gente quiera saber nada de ellas.

— P.

— ¡Dios, eso podría llevarnos todo un día! Pues la primera línea de ataque para esa cuestión es que hay una soledad existencial en el mundo real. Yo no sé qué estás pensando ni qué hay en tu interior y tú no sabes qué hay dentro de mí. Creo que en narrativa podemos salvar en cierto modo ese muro. Pero ese es solamente el primer nivel, porque la idea de intimar mental o emocionalmente con un personaje es una ilusión o una artimaña que el escritor establece por medio del arte. La conversación es otro de los niveles en una obra de ficción. Entre el lector y el escritor se establece una relación bastante extraña de la que es muy complicado y difícil hablar. En lo que a mí respecta, cabe que una obra de ficción realmente buena me lleve lejos y me haga olvidar que estoy sentado en una silla.

— P.

— La ironía nos tiraniza.

— P.

— No tenía ni idea de lo terrible que iba a ser el libro, ni de que los amigos verían en él reflejadas en él cosas que me estaban ocurriendo a mí, algo que, si es cierto, me convierte en el equivalente literario de la persona que escribe «ayúdame» en un espejo sin darse cuenta.

— P.

— Supongo que la gente escribe del modo en que les suenan las voces en sus cerebros.

— P.

— No creo que la ficción deba ser leída en voz alta. La ficción ha de leerse interiormente, manifestarse junto con la circuitería mental de las personas, y la voz que oímos en nuestras cabezas es muy distinta del sonido de nuestra laringe.

— P.

— Escribo cuando ya es noche cerrada.

— P.

— El verano pasado pasé mucho tiempo como voluntario en una residencia de ancianos de Amherst. Le leía la Divina Comedia de Dante a un hombre mayor, el señor Shulman. Un día le pregunté de dónde era y él me respondió, «de justo al este de aquí, de las Rocosas». Y yo le dije, «señor Shulman, las Rocosas están al oeste de aquí». Y él hizo un *voilà* con las manos y dijo, «nuevo montañas». Me quedé con eso. La narrativa o mueve montañas o es aburrida; o mueve montañas o se sienta sobre su propio culo.

— P.

— Mi vejiga está suplicando. ¿Será bastante con esto?